

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE TOVAR

EL 18 DE ABRIL DE 1909



MADRID

TIP. DE LA «REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»

Infantas, núm. 42, bajo.

1909

DISCURSOS
LEIDOS ANTE LA
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA
DEL EXCMO. SEÑOR
DUQUE DE TOVAR

EL 18 DE ABRIL DE 1909



MADRID
TIP. DE LA «REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Infantas, núm. 42, bajo.
1909

LA CASA Y LA CIUDAD MODERNA.

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE TOVAR

SEÑORES ACADÉMICOS:

No he de ocultaros la emoción que me embarga al encontrarme entre vosotros; mas si he de explicaros de algún modo la que experimento, os diré que sólo un profundo impulso de gratitud puede dictar las frases con que quisiera expresar el sentimiento que me domina en este instante.

No sé á qué deba el honor que me habéis otorgado, pero si ha sido considerando que mis mayores entusiasmos fueron siempre por el culto de la idea á que aquí os consagráis, bien podéis contarme entre sus más fervorosos adoradores, y entre los que mayor emoción experimentan cuando se entregan al inefable goce de la beatífica contemplación de la Belleza y del Arte. Porque siempre será éste la más genuina representación del grado de cultura que alcanza el genio de cada raza y de cada pueblo, hasta el punto de que aspirando todos á lograrlo, llegan tan sólo los privilegiados por sus superiores alcances á poderlo manifestar por completo.

Desde los más primitivos á los más adelantados, todos sienten la necesidad del arte, del embellecimiento de la vida, y esta necesidad, esta espontánea manifestación del genio, es la que reconocéis y alentáis con vuestro amor y vuestro ejemplo; por esto me considero tan satisfecho á vuestro lado, y por esto mi gratitud no tiene límites al haberme proporcionado la ventura de ser partícipe de vuestras tareas.

Una sola consideración me entristece, sin embargo, y es que haya sido todo ello á causa de la desaparición de entre vosotros de tan conspicua persona como la que ocupaba el puesto en que vengo con tanta desventaja á sustituirla; pues la figura del Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro es de las que dejan una luminosa estela que nunca se borra, debida á los méritos de sus trabajos y á las cualidades de su carácter.

Fué D. Cesáreo ejemplo extraordinario de actividad incansable y amor á la cultura; por su propagación no perdió un solo día, siendo tan grande el número de sus obras que anonada el considerar á cuán perpetua labor tuvo que consagrarse el que tanto hizo y tanto dejó publicado. Si por su pluma fué un verdadero polígrafo, por su patriótico ejercicio de las armas surcó los mares, nutriendo su alma de ideas, de observaciones y preciosas experiencias, para aplicarlas después en los días de descanso al esclarecimiento de la historia patria y la solución de importantísimos problemas; navegante, marino ilustre, no lo fué menos como hombre de letras, como cronista de las glorias patrias, sirviéndole los recuerdos del pasado de es-

tímulo para el mayor entusiasmo por el enaltecimiento del presente. Hombres de la labor y la intelectualidad del Sr. Fernández Duro merecen toda clase de homenajes y aprecio de sus méritos.

*
* *

Pero entrando ya á cumplir el precepto reglamentario, me veo obligado á molestar vuestra atención con el desarrollo de un tema que encaje en lo que constituye el especial cometido de esta Academia, y después de someter varios á mi propio examen he estimado que, por la Sección especial á que tengo que pertenecer y extensión de mis alcances, ningún otro puedo abordar con menos temor que aquel referente á lo que me es más familiar y conocido, sobre aquello que constituye el medio en que más frecuentemente vivo y aliento, lo que está más en contacto con todos nosotros y merece nuestra atención preferente: *la casa y la ciudad*, en una palabra, que es el obligado medio que nos rodea durante la existencia.

Nada con que tengamos más íntimo contacto; porque si la casa es la necesaria mansión y abrigo de la humana persona, la ciudad es el recinto propio, por su complejidad, de la sociedad en que nos congregamos, para cumplir más plenamente nuestros destinos.

Pues si como ser viviente el hombre es uno más de los creados, aunque superior á todos, tiene por ello que armonizar su propio y legítimo interés con el de los otros, y he aquí cómo en todo lo que le atañe y pertenece debe

someterse á los propios principios de su humana naturaleza, en relación social con la de sus semejantes.

La casa lleva en sí algo del alma del que la habita; en ella nos ocurren los más transcendentales acontecimientos de la vida; en ella dejamos los seres más queridos al marchar al combate por la existencia; á ella volvemos, como al asilo más seguro de nuestro descanso y nuestros afectos. ¿Qué mucho que allí deseemos ver patentizado todo lo que nos es más simpático; lo que más se aviene con nuestros gustos y natural carácter; lo que, en una palabra, constituye el grato hogar y el asiento de la familia?

Mas para gozar cumplidamente de este legítimo derecho requiérese en él dos principales condiciones: que sea inmune á todo lo que pueda dañarnos, y bello y apropiado para nuestro agrado y esparcimiento. La higiene y la estética tienen que aunarse á fin de producir el deseado conjunto; la salud debe ser coronada en nuestra casa por la belleza, para que ofrezca todos sus atractivos, para que nos cautive con las más floridas cadenas.

De aquí la necesidad de admitir una similitud perfecta entre lo que acontece con el individuo en sus relaciones sociales y políticas y lo que ocurre con la morada en que constituye su familia, base de toda agrupación civil, social y humana; pues si el hogar es la célula del pueblo, y el pueblo, al obtener su desarrollo por el trabajo á que se consagra, llega á la capitalidad y á ser el centro de sus relaciones civiles, de la reunión de ciudades se compone la Patria, entidad suprema en que se funden los más sa-

grados intereses, y en la que sólo caben los más sublimes ideales, las más elevadas aspiraciones.

En todo tiempo el hombre así lo ha deseado: al principio el culto del fuego, el cuidado de que éste no se extinguiera, daba á cada morada el carácter de un templo, en el que se sacrificaba á sus domésticos penates, á los lares, que eran sus especiales protectores; en la casa romana, de la que tantos ejemplares nos quedan aún por tradición en las ciudades andaluzas, el atrio quedaba á cielo abierto, para quemar en él las ofrendas sobre el ara; posteriormente la fácil producción del fuego nos ha relevado de tantos cuidados; mas parece como si por el descuido del elemento ígneo otros malsanos conspiraran contra los que á su alrededor han dejado de congregarse.

Preciso es, pues, que la vivienda humana reúna todas las condiciones propicias á nuestra existencia; como hijo del sol nuestro planeta, al astro rey debemos en primer lugar el homenaje de sus beneficios, facilitándole el amplio ingreso en nuestra casa, para que con sus rayos la penetre y con su alegría se confunda la de nuestros hijos, sanos y robustos, aniquilando los gérmenes que se engendran en todo lóbrego espacio privado de sus esplendores.

Mucho hemos progresado desde aquellos primitivos tiempos en que el hombre disputaba á las fieras sus cavernas para guarecerse de los rigores exteriores; á compás de la civilización ha ido acumulando en su hogar todos aquellos elementos de feliz existencia, evolucionando, sin embargo, en armonía con las mayores ó menores agresiones que pudieran del exterior molestarle.

Por mucho tiempo la casa conservó aún su aspecto de defensa, de pequeño fuerte para repeler los ataques del enemigo; hoy que hemos llegado á ser más grandes por la paz que por la guerra, la casa se hace diáfana, accesible á todos, abierta al trato y comercio con los demás, conforme á las adelantadas prácticas del progreso social y humano.

Observad lo que ocurre con los antiguos Alcázares y castillos; fueron un tiempo inexpugnables fortalezas en que la vida tomaba las formas guerreras, siempre en previsión de nocturnos asaltos y duras empresas; hoy, aquellas ruinosas murallas, por sus méritos de belleza, por sus pintorescos emplazamientos, conviértense en lugares de solaz y de deportes, en mansiones de plácida expansión, á las que acuden los amantes de la apartada vida á compenetrarse con el puro aliento de la naturaleza y ser los solitarios en sus bosques y los colonos de sus campiñas; los nidos de águilas, inservibles ya para la guerra, son hoy las mansiones del mayor disfrute de la paz y sus solaces; pero no pudiendo prescindir de lo presente, al pie de sus barbacanas corre la locomotora, y á sus almenas ata los hilos por los que discurre el veloz pensamiento.

En todo va acentuándose la mayor compenetración con nuestra madre naturaleza; en todo venimos á pedirle su abrigo y amparo.

Cuatro, dijeron los antiguos filósofos, que eran sus elementos, y al cabo hemos venido á reunir y sintetizar en nuestros hogares aquellos reconocidos principios; porque al aire pedimos el oxígeno que purifique el ambiente, com-

penetrándolo por todas partes; al agua debemos los mayores efectos de higiene, de tónicas abluciones; la tierra nos ofrece el tributo de sus flores y sus frutos esmaltando nuestros jardines y festoneando nuestras mansiones, y el fuego condimenta los manjares, conforta nuestros miembros y sustituye durante las tinieblas, hecho luz por la prisión del rayo, los esplandores del astro del día; y así, en contacto con cuanto constituye el conjunto de lo creado, utilizando, á la par que reconociéndole los mayores beneficios, del aire que nos rodea, del agua que nos circunda y de la caldeada tierra que nos sustenta, el hombre, rodeado de los suyos, dentro de los muros de su hogar, bien puede creerse el rey de lo creado y el ser que consigue realizar allí tan sólo la felicidad terrena.

La higiene de la habitación es hoy tema preferente de estudios muy especiales, y la ciencia, siempre altruista, procura extender sus beneficios lo propio á las viviendas de los que pudieran considerarse como favoritos de la fortuna, cuanto á las de los más humildes, llegando hasta á los desheredados por la desgracia ó el crimen. No es ya tolerable bajo ningún concepto que donde habitan seres humanos puedan desarrollarse gérmenes de infección ó de ruina, y por ello que aquel gran principio del amor al prójimo lo consiga principalmente la ciencia con sus recursos conquistados; prevenir es curar, y esta prevención empezar debe porque el hombre se desarrolle desde su primera infancia en el medio que más propicio pueda serle.

Con todo ello se avienen además consecuentemente los nuevos elementos constructivos, pues no se puede

dudar que los adelantos de la arquitectura doméstica la hacen más segura á todo funesto accidente, más inmune á todo gérmen nocivo, más confortable para la vida y más atractiva para el disfrute de los íntimos afectos (1).

No me negaréis, además, que el hogar sano y limpio debe lógicamente de ser honrado.

Pero no basta para la satisfacción de nuestras exigencias que los hogares ofrezcan las garantías más seguras para la vida; es preciso también que el arte los ilustre y embellezca, que nos sean gratos por cuantos medios acumulemos á nuestro lado, y de aquí que el arte decorativo, el más compendioso y superior de todos ellos, según opino, preste sus más estéticos recursos y sea el que complementa la edificación urbana.

Los planos muros de nuestras viviendas requieren el detalle atractivo para no sernos enojosos, y allí entra el que, conforme el gusto y medios del que las habita, la casa llegue á ser por ellos expresión de su carácter y manifestación de su cultura. Mucho debe el cuadro al marco que lo encierra, mas si este es desaliñado y tosco, mal podrá ennoblecer el pasaje interesante que limita.

La fantasía se afana por ofrecer los modelos más atractivos para el exorno de nuestras casas; el decorado

(1) Muy digna de toda clase de plácemes y consultas es la obra del señor D. Juan Avilés y Arnay, *La casa higiénica*, de reciente publicación, que viene á llenar un vacío en nuestra escasa bibliografía sobre tan interesante materia.

El empleo del hierro y los cementos está cambiando de tal modo las construcciones que en ellas se opera una radical transformación: todos estos nuevos elementos son singularmente propicios á su salubridad y ausencia de peligros.

llega hasta el mueble y el traje; á veces se excede en sus gallardías buscando *modernismos* que se alejan demasiado de lo lógico y necesario; pero todo es atendible y aprovechable cuando un alto criterio lo preside y una necesidad nueva lo sanciona.

En resumen: que la ciencia, en consorcio con el arte, puede resolver en grado máximo el problema de la casa moderna, pues auxiliándose mutuamente y consultándose á cada paso, nos pueden llevar en nuestro hogar al disfrute legítimo de todas sus ventajas, haciéndonos á la vez gozar del dominio de las mayores fuerzas de lo creado.

*
* *

Pero, como decíamos antes, la casa es la unidad, la célula del gran organismo del que formamos parte, la más individual partícula de la ciudad en que se congregan las familias.

Acontece con la ciudad lo propio que con la casa; al principio la fortaleza, el muro inexpugnable, la defiende y ampara: al pie de la acrópolis se reúne la urbe antigua; al pie del castillo roquero en la Edad Media se guarece el cultivador de la campiña, que muchas veces lleva en una mano la lanza y en otra la azada. En la antigüedad el ara arde ante el pretorio del jefe de los milites; en la Edad Media la espada y la cruz son los defensores de la gran familia que forman el señor y sus vasallos; fuertes muros con puertas bien defendidas, que se cierran por la noche, cercan como coraza inrompible la apretada villa, en que el contacto es demasiado íntimo y la vecindad sin la na-

tural independencia. Pero llegan mejores tiempos en que el ingenio humano descubre los medios de hacer inútiles aquellas hasta entonces infranqueables defensas; maneja con el mayor efecto las más incontestables energías, y entonces, siéndoles molestas en grado sumo las cercas, que sólo una primaria necesidad habían hecho tolerables, iníciase al punto un impulso expansivo que lo lleva á ensanchar sus vías al par que sus recintos; y las murallas se convierten en jardines, y los caminos, en anchas ramblas, y por los mismos adelantos de la guerra, sustituye un verdadero estado de derecho, de confianza y mutuo respeto al de la fuerza que antes imperaba.

Las ciudades modernas, con sus ilimitados ensanches, con sus grandes vías de indeterminados límites, que apenas dejan percibir cuándo acaba el camino y comienza la calle, son la expresión más real de los nuevos principios que informan nuestras sociedades; son la sanción más patente de los superiores fundamentos políticos de los modernos tiempos.

Porque si el ideal es el de dignificarnos igualmente, el de estrechar por mutuo aprecio los lazos entre todos los hombres, la ciudad moderna ofrece el más elocuente ejemplo de la triunfante confraternidad humana, y en la propia casa del poderoso, allí donde toda comodidad tiene su disfrute, habita también el más humilde y hasta desgraciado, que entra por la misma puerta, y que al cabo despierta el interés del vecino, llegando por ello á establecerse la relación humana, que sirve para disminuir las distancias y hacer que todo odio se aplaque por el mutuo aprecio.

No alejéis de vosotros á los que laboran; no los confinéis á barrios de obreros en que tanto aislamiento puede servir para que el más ácido carácter se desarrolle en direcciones de aversión y de desprecio; compenetraos con ellos, haciendo partícipes de nuestro calor á los que por méritos de aplicación pueden subir á las alturas, que necesaria para la vida es la renovación constante, y más debe el progreso á los humildes que á los poderosos.

Pero dejando estas consideraciones de orden social para fijarnos en otras puramente estéticas, es preciso convenir en que requeríanse tales conquistas y progresos para que las ciudades obtuvieran las nuevas bellezas, indiscutiblemente superiores á las de carácter antiguo.

En pasados tiempos, por la estrechez de sus murallas, el Alcázar del soberano, á la vez amurallado, se unía con el templo y con el foro, con la basílica y el pretorio: quedaban sólo fuera los lugares de esparcimiento, los circos y los teatros, los jardines y las termas; y cuando llegaba la noche cerrábanse las puertas de las murallas y de las casas; quedaban las calles en silencio y sin luz, y sólo en algunos palacios, á través de sus entornadas puertas, distinguíase el fulgor de sus mal iluminadas estancias, donde los más afortunados se entregaban á los placeres de los festines, cuando no á lóbregos misterios.

La vida era puramente diurna; el sol, el único luminar; y muchos siglos vivió la humanidad bajo este régimen, y de muy poco tiempo data el radical cambio en nuestras costumbres.

Pero dispusimos de la luz á raudales; y las calles y

plazas se poblaron de las gentes que no necesitaban tan largo descanso; y hoy, si bellas son las ciudades por el día, aún ofrecen mayores atractivos iluminadas por la noche, cual si celebrasen una fiesta y se congregaran sus habitantes para un atractivo espectáculo.

Por todas partes domina el concurso de una populosa circulación constante, de una mayor exteriorización de nuestra vida; y comienzan á obtener las modernas vías anchuras antes desusadas é inconcebibles, y las fachadas pierden su severidad temerosa, para hacerse más risueñas y diáfanas, abiertas á los ecos de afuera, y los árboles adornan las anchas calles, trayéndonos aromas de los bosques y anidando en ellos los pájaros del campo.

La penetración del árbol en las calles es, sin duda, hermosa conquista de la estética en la ciudad moderna: del adorable árbol en todo benéfico, digno de nuestra compañía y hasta de nuestro amor y respeto (1).

El árbol sugiere la idea del jardín, del parque interior que, como el pulmón, purifica nuestra sangre, y he aquí cómo en todas las grandes ciudades se esmeran por su cuidado; y París con sus Tullerías y su admirable Luxemburgo, Londres con su Kensington garden, Hyde Park y Grenwick Park, Berlín con su Thiergarten, pueden servir de ejemplares de cuánto el mundo de las plantas se compadece con el hombre y cómo al árbol debemos estimarle cual un buen amigo.

(1) Véase el volumen de la *Bibliothèque du constructeur de travaux publics*, y el de M. G. Lefèvre, *Plantations d'alignement, promenades, parcs et jardins publics* y otros de gran aplicación para este asunto.

También en Madrid teníamos un bello jardín digno de los mayores cuidados; pero ya no existe. Sin poder alcanzar la razón para ello, hemos sido de él despojados y Madrid ha perdido, sin duda, un atractivo muy suyo; ya no volveremos á disfrutar del recreo de aquellas frondas, en las que había algo de entrañable; ni nuestros hijos, cual nosotros, comenzarán allí las novelas de su vida. Nunca será bastante llorado aquel *Retiro*, donde tantas horas plácidas transcurrieron.

Por fortuna, Madrid cuenta aún con bellezas muy propias y atractivas que la caracterizan y distinguen, obteniendo sus perspectivas amplitudes solemnes y sus conjuntos efectos monumentales; cierta majestad y grandeza, cierta sencilla y clásica proporción la ennoblecen, en buena hora impuesta por aquel insigne Monarca de nombre Carlos III, gran constructor, que tan alto criterio tuvo en cuantos monumentos erigió de pública utilidad y recreo, para hacer de Madrid una Corte digna de los tiempos modernos. Su nombre venerable luce en letras de oro en los frontispicios de granito de todos los monumentos debidos á su alta iniciativa, siendo éstos de tal solemnidad y belleza que, después de un siglo, no han sido en suntuosidad superados, y por ellos dió el tono de Corte á la antigua villa madrileña.

Los Monarcas grandes por sus virtudes cívicas han sido todos suntuosos constructores; la historia los califica de magnos y eximios, y al esplendor de las mayores empresas arquitectónicas van unidos los nombres de Augusto, que dejó de mármol la Roma que había recibido de la-

drillo; de Justiniano, que venció á Salomón en Santa Sofía; de Abderraman, que elevó en Córdoba la Caaba de occidente; de Felipe Augusto, en Francia, incansable constructor de Catedrales y batallador perpetuo por la unidad de su patria; de Luis XIV, que concibió á Versailles; del tétrico Felipe II, cuya alma aún circula por las soledades de El Escorial, y, por fin, de nuestro Carlos III, el verdadero institutor de la monumentalidad madrileña.

Y obsérvese cómo las magnas construcciones coinciden con las épocas de consolidación de los Estados, porque tales empresas son siempre el monumento erigido á la plenitud de sus días en la historia.

La complejidad y enorme expansión de las ciudades modernas requiere una gran ciencia en todos sus detalles, para que respondan á las nuevas exigencias. Tanta facilidad de comunicaciones, tan abierto acceso, exige las mayores amplitudes en todas sus dependencias; porque no son ya familias aisladas las que acuden á diario á las grandes capitales, son pueblos enteros abarrotados en las férreas sierpes que silvan sobre los rieles, los que llegan y se dilatan después por sus calles y plazas y los que exigen toda atención á su mayor esparcimiento. Tanto concurso admira la monumentalidad que se ofrece ante sus ojos, sus efectos panorámicos, debidos á la previsión estética más meditada; pues ya un oportuno bosque sirve de fondo á bien emplazado monumento de una gloria patria, ó escultural fuente refrigera y alegra la amplia plaza con sus juegos de agua.

Y, no sólo los artistas intervienen en aquella grande-

za, sino los sabios é higienistas, pues, atentos siempre á librarnos de todo mal contagio, cuidan de alejarlo de nosotros, llegando hasta el punto de devolver á la vida las substancias más impuras.

Es muy complicada, ciertamente, una ciudad moderna, y tiene que apurarse en ella todo el saber y todo el arte que hemos logrado por la experiencia de los siglos; porque, no es ya el acaso lo que determina sus aspectos, sino la aplicación de cuanto debemos á las conquistas de la ciencia, á sus fórmulas más profundas aplicadas al común disfrute; y al ver cómo todos los adelantos se complementan y armonizan, cómo toda fuerza responde al impulso de una mano invisible, hay que reconocer cuánto se va obteniendo de la admirable síntesis científica sublimada por el Arte, al dictar sus provisiones al buen gobierno.

Varios son los sistemas del trazado que ofrecen las principales ciudades del mundo, aunque se dispute cuál pudiera estimarse como más útil y conveniente.

Diversos los hoy admitidos: unos, respetando el núcleo central de las antiguas ciudades, adoptan el sistema radiado ó de tela de araña, de los que Madrid pudiera ser buen ejemplo, convenientemente ampliado; la rareza con que se crean nuevas urbes en el antiguo mundo impone que aceptemos principalmente el expansivo ensanche de nuestras históricas villas; pero en el Nuevo Mundo mayor rigor geométrico preside al plano de aquellas que se fundan, de la que es buen ejemplo la de New York, cuya península queda parcelada en rectángulos de una monotonía verdaderamente desesperante.

Porque, á más de la repetición en la perspectiva producida por el empleo de un solo sistema, ofrece cierta incomodidad la falta de vías transversales que hagan el efecto del lado mayor de un triángulo, siempre menor que la suma de los otros, y de aquí que la combinación de ambos trazados para las nuevas ciudades sea lo más admitido, llegando algunos á proponer hasta el de manzanas hexagonales y triangulares que, si acortan distancias, en efecto, producen constantemente los ángulos más extraños y fuera de la normalidad usual y corriente. Por estas solas ideas se nota al punto la importancia del plano, disposición y exorno de las ciudades modernas (1), que debiera ser encomendado, según mociones aprobadas en recientes Congresos del Arte público, á un organismo revestido de los más amplios poderes, para que sus decisiones tuviesen fuerza ejecutiva, y que cuidara, no sólo de embellecerlas sino de evitar los actos de vandalismo que con harta frecuencia en ellas se cometen.

Tal entidad no debería olvidar por un momento que no es lo más útil lo especialmente amable y de feliz recordación, sino aquello que más nos conmueve; de aquí que la monumentalidad de las ciudades, la diversidad de sus distintos parajes, sea lo que despierte nuestros más afectivos recuerdos, lo que más nos atraiga al lugar en que pasaron nuestros días, y esto sólo se consigue reconociéndole á la estética y al Arte público el inmenso valor que por sí tienen, y su misión social y educadora.

(1) Véanse los *Preceptos* del Arquitecto imperial de Berlín Mr. J. Stubben.

El arte de los jardines es de tal importancia, que á él se consagran hoy verdaderas especialidades de mérito sobresaliente.

Por la combinación de los sistemas más admitidos logran á veces emular á la naturaleza en sus más bellos aspectos, y ya convierten en cristalinos lagos de lozanísimas orillas los parajes que antes eran pedregales infecundos, ya producen perspectivas que parecen paradisíacas visiones ó lugares de más venturoso planeta.

Por ellos transcurrimos, satisfechos de nuestras empresas ó en busca de paz para el espíritu; con ellos rodeamos, á ser posible, nuestras casas, pues, como ya decía Darcel, deben ser «el más conveniente lugar de esparcimiento, como una prolongación de la casa que habitamos, ó la prolongación de la vida al aire libre» (1).

Dos son los sistemas principalmente reconocidos para la disposición de los jardines: ó el de trazado regular, genuino francés, ó el *paisajista*, en que las condiciones del terreno imponen sus motivos; de la combinación de ambos resultan hoy los más amenos parques, y entre éstos, ¿cómo no recordar cual los más notables los Imperiales de Viena, en que el juego de sus fuentes y el emplazamiento de sus esculturales grupos en la extensión de sus praderas contrasta con tal efecto, sin obstáculo ni emba-

(1) Véase Darcel: *L'Architecture des jardins*; más modernamente véase la obra de Mr. G. Lefèbre, y las de Amherst: *A history of gardening in England*, London, 1896, ó de Mawson Th.: *The art and craft of garden making*, London, 1900; á las que podemos añadir la de Mr. Sexoy: *The municipal parks, gardens and open spaces of London*, 1905.

razo alguno, con la densidad impenetrable de sus soberbios bosques?

A ellos, como á los de Londres y París, acuden los niños á diario; aquellos mismos niños, que á poco deben asistir á la escuela, la cual no debe serles menos grata y atractiva, por su admirable instalación, que los lugares de recreo. Mansiones obligadas para la vida de seres en que radica toda alegría, á los que hacemos muchas veces odiosas por ofrecerlas con el aspecto más bien de lóbregas cárceles que con el de lugares en que el aprender sea un juego más al que se entreguen.

Yo creo que en este ramo bien pueden presentarse como modelo acabado las de Suiza. Nada más perfecto, nada mejor concebido ni con más esmero ejecutado (1): sólo en ellas puede realizarse el deseado «arte de formar los hombres». Y cuando á mayores estudios y ejercicios deba dedicarse el joven para llegar á ser un hombre útil á su patria, yo quisiera mostraros los proyectos verdaderamente grandiosos de las Universidades de los Estados Unidos, que han de verse funcionar como ensueños realizados, gracias al noble desprendimiento, verdaderamente digno de imitación, de los más poderosos ciudadanos de la gran república (2).

(1) Véase *Las construcciones escolares en Suiza*, por Henry Baudin.

(2) Eran verdaderamente suntuosos los proyectos que se presentaron con motivo del concurso internacional de la Universidad de California, gracias al desprendimiento de Mme. Hearst. Debía ocupar el establecimiento 100 hectáreas de terreno, con 28 soberbios edificios. El primer premio, según acta del 7 de Septiembre de 1899, fué otorgado á Mr. E. Bénard, de París. Existe un hermoso álbum de los cinco proyectos premiados.

Cada vez requiere la vida moderna mayores construcciones comunales, debiéndose á ellas en gran parte la monumentalidad y ensanche de las ciudades: de tal modo lo general se sobrepone á lo particular, que no son ya tan sólo los templos y los palacios los que engrandecen nuestras calles y plazas, sino los Ministerios, las Cámaras y Concejos, los Museos, los Teatros, las Bibliotecas y Academias, las Estaciones y Casas de Correos, etc., los que más ilustran y embellecen el núcleo de las grandes poblaciones: ellos autorizan su centro, sus más concurridos lugares; más lejos, en sus alrededores y suburbios, elévanse columnas de humo producidas por el herbor de sus industrias, ó aquellas grandes dependencias como los mercados y mataderos, los docks y los grandes muelles, que aprovisionan á la urbe para la vida cotidiana.

En todo ello vase acentuando aquel sentido social, hijo del más noble altruísmo, que debe ser la enseña de los llamados á la municipal administración de las ciudades, y que exige la mayor pureza en sus procedimientos y más alta competencia en sus ordenanzas.

El abaratamiento de los primeros artículos y menesteres de la vida es hoy principal empeño de los grandes municipios europeos, y es de ver cómo el de Londres ha conseguido que el agua y la luz, los transportes y motores, los combustibles y primeras materias, adquieran precios cada vez más bajos, para el mayor disfrute de todos y evitación de muchos males. ¡Milagros de la administración, más admirables cuanto son entre nosotros más escasos!

Son los mercados y mataderos dependencias de preferente atención; son verdaderos acumuladares de tónica é higiénica energía vital. Aún quizá no se haya dicho la última palabra sobre su construcción y bien administrada marcha; pero debiéramos tomar muchas útiles nociones de los que en otras partes se erigen, para su mejor funcionamiento (1).

Quizás en los mercados pudiéramos presentar ejemplares últimamente construídos entre nosotros con arreglo á los adelantos de la ciencia, aunque los de Madrid ya no cumplen con las modernas exigencias.

Pero en lo que nos hallamos en completo atraso es respecto á los mataderos, dignos por todos conceptos de las mayores censuras, con raras excepciones.

Estudiando la extensa obra de Mr. Loverdó se comprende la distancia á que nos hallamos del prototipo de tales oficinas, no tan sólo respecto á los procedimientos del sacrificio de las reses, sino á la conservación de las carnes por la aplicación de los medios frigoríficos, de los que no tenemos ni idea. El matadero de Offembach (Alemania), en muy reciente fecha inaugurado, admira por la disposición verdaderamente científica de todas sus dependencias y empleo de los mayores adelantos en sus distintos servicios; y el proyecto, ya en todo realizado del de

(1) Véase la importante obra de Mr. Loverdó, *Les abattoirs publiques*, sin duda uno de los más notables trabajos que sobre esta importante materia se han publicado. París, 1906. Podemos añadir *Die Deutschen Städte*, por R. Wuttke, profesor de Dresde, á cuyas teorías tanto debe la organización de todos los servicios en las principales ciudades del alto Rhin.

Breslau, es de una grandiosidad tal, que realmente llega á un grado inconcebible (1). No quedan atrás las instalaciones de Berlín, debidas principalmente, según reconoce el propio Mr. Loverdó «á la eminentemente proba administración alemana, en nada vejatoria para el público». Hasta Constantinopla se extienden los adelantos en esta clase de establecimientos, según los proyectos que para ellos hay presentados.

Las industrias insalubres tienen, por sus inconvenientes, que ser objeto de defensa y alejamiento posible de los grandes centros poblados; pero no por eso podemos proscribirlos por completo de nuestra vecindad más ó menos próxima. La legislación especial acerca de ellas varía en las diferentes naciones, tanto respecto á los individuos que las ejercen, cuanto á la común molestia que proporcionan; mas no debemos ser demasiado indulgentes con lo que tanto puede perjudicarnos: tratados especiales existen sobre ellas, que debieran ser consultados en toda ocasión y atendidos siempre (2).

Si tantos cuidados y estudios requieren estos centros, verdaderos veneros de alimentación y de vida, ¿cuántos más exigirán aquellos otros cuyo destino es reparar la salud perdida y amparar al desvalido?

(1) Véase la magnífica monografía sobre este establecimiento *Schlachthafe und Viehmarkt zu Breslau, Herausgegeben von Magistrat der K. Residenzstadt*. Breslau, 1900.

(2) También la revista, obra de MM. François Corriel y León Nicolás, París, 1908, *Les industries insalubres*, en las que pueden encontrarse indicaciones muy precisas para tantos problemas como sobre ellas se ofrecen.

No os disputaré si es de más eficacia dar trabajo que limosna; al derecho á la existencia del individuo tiene que responder la entidad social con el deber de proporcionarle los medios para ella, en las naciones bien organizadas; obligatorio es emplear las energías en lo útil y fecundo; pero sorpréndenos la dolencia cuando menos se espera, y abandonannos las fuerzas cuando la necesaria decrepitud nos llega. Son, pues, necesarios los hospitales y asilos, y mientras se dispute si es más humana la asistencia domiciliaria que la hospitalaria, y, en último caso, no pueda llegarse á la primera; mientras existan desvalidos ó víctimas que laborar no puedan, habrá que prestar atención preferente á los centros de salud en que la ciencia médica obra tantos prodigios, casi siempre ignorados, y á que el amparo del desvalido haga más útil y desembarazada la labor del vigoroso.

No podemos entrar en detalles, pero laudable es el esfuerzo de todos los que sobre tan importante materia han apurado sus talentos, y muy digno de mención el efecto que en los profesores extranjeros causaron en varias ocasiones nuestros adelantos y altura en la ciencia médica, á pesar de los escasos medios de que disponemos.

¿Y qué os diré de las penitenciarías? Poco bueno pudiéramos hacer constar de ellas entre las nuestras; pero debo manifestaros que si al pasar por ante ese gran edificio que pomposamente se llama *modelo* recordáis de otros de igual destino, que aún en número inmenso subsisten entre nosotros, no olvidéis qué más parecen los tales cavernas de

muerte que lugares de arrepentimiento; más hechos para despertar odios que para hacer odioso el delito. ¡Ojalá llegara algún día en que resultasen inútiles por completo! Quizás sólo por el arte se logrará en ellos la redención de los que su desgracia los lleva á habitarlos.

Alejados de los vivos, no por menosprecio sino por higiene, se establecen hoy, al igual que en otros tiempos, las necrópolis.

Nuestras ideas, nuestras creencias, nos llevan á emplear la inhumación como el sistema más propio para que vuelva el polvo al polvo: quizá fueran otros más científicos; quizá la tradición clásica nos recomiende la incineración; pero no se pierda de vista que ésta fue indicada tan sólo como el más suntuoso sepelio para los héroes y patricios, pues la cremación humana es costosísima y los despojos en masa de los mortales han sido en todo tiempo acogidos, después de la vida, en el seno de la madre tierra.

Mas no es sólo lo que se ve, lo que se levanta sobre el suelo, cuanto constituye el conjunto y organismo de la ciudad: aún hay mucho soterrado, mucho sobre lo que pasamos sin advertirlo, que complementa y sanea á la urbe entera y que desde los antiguos tiempos ha sido objeto de las mayores preferencias como medio indispensable de vida en las grandes ciudades; la *cloaca máxima romana* de tiempos allá de los primitivos reyes, con su etrusca construcción abovedada, fué la primera gran obra de pública utilidad emprendida por la Ciudad Eterna; todas han comprendido después las insustituíbles ventajas del único sistema apropiado para que no se levanten ven-

gativos, del suelo que pisamos á diario, los gérmenes de toda infección y muerte (1).

Que en la compleja economía de la vida debemos prestar preferente atención á los malos elementos, para que conducidos por los propios caminos de su redención, no se revuelvan contra nosotros causando los perjuicios más irreparables.

Y no es solamente en tal concepto como son útiles estas substracciones, pues por ellas se dirigen hoy aquellas arterias y conductores que tanto suelen interrumpir la monumentalidad externa. Un peligro estético amenaza á las ciudades, por los innúmeros cables, postes y otros obstáculos como cuadriculan y cortan las más bellas perspectivas, en general desprovistos de toda belleza. En Viena los postes eléctricos pretenden convertirse en verdaderos cestos de flores; pero es inútil el disimulo. Tanta exteriorización de organismos va contra toda lógica estética; los nervios y vasos, para la vida tan necesarios, no aparecen nunca al exterior en los seres creados: son los más internos y defendidos, por lo que al subsuelo corresponde amparar tales sistemas de la vida de las ciudades, en sus túneles y subterráneos.

Véase pues con cuanta razón la monumentalidad de las poblaciones modernas responden á los consejos de la

(1) Numerosa es la bibliografía sobre el saneamiento de las ciudades, por lo que es difícil determinar qué autores traten con más competencia tan importante materia; pero entre ellas se puede citar por su verdadera autoridad la obra de M. A. Mille, *Assainissement des Villes*, París, 1886, y otros más modernamente, que constituyen una verdadera biblioteca.

Ciencia embellecidos por el Arte: véase como los principios de la estética son la sanción y manifestación de las más progresivas aplicaciones de los elementos que Naturaleza pródigamente nos ofrece. Así vamos realizando la suprema ley de la armonía, que debe presidir al medio por nosotros creado, como asimismo preside al universo entero; así vamos sometiéndonos de grado al ideal supremo de la paz y del bien, como la más alta aplicación de la existencia.

Aun pudiera considerar á la ciudad moderna bajo muchos aspectos, pero no me es posible descender á más detalles; permitidme, sin embargo, antes de concluir, que reitere mi amor á esta Corte, en la que vine á la vida y á la que después de recorrer buena parte del mundo encuentro cada vez más bella y adorable, acrecentando en mí acendrado afecto.

Si antes me habéis oído reconocer algunas de sus bellezas, concededme ahora que os manifieste mi fe en la necesidad de aumentarlas, confiando en la misión de sus destinos.

No negaré que su elección fué poco acertada; no presidió en ella la visión del porvenir que distingue á las geniales inspiraciones; pero hoy que hemos borrado las distancias, que tan pronto acudimos á todos los extremos, entiendo que Madrid representa admirablemente, por su posición y por su aspecto, á esta noble nación española, una é indivisible, aunque tan varia y pintoresca; ninguna cual esta Villa ofrece más franca entrada y confraternal contacto entre todos los elementos nacionales.

De acuerdo con nuestras tradiciones, si Madrid no existiera habría que crearla; pero, afortunadamente, existe. Hospitalaria como ninguna otra ciudad; democrática y descentralizadora, aunque haya empeño en hacer creer lo contrario; atendiendo siempre primero al interés ajeno que al propio, es por derecho el centro de todo gobierno, de toda intelectualidad y de todo buen gusto, en la nación que representa.

Atendiendo sólo á la estética, ni á su cielo podemos pedir mayor pureza ni su monumentalidad actual desmerece en muchos casos de las otras grandes ciudades europeas, y en todos los proyectos para lo por venir prevalece un gusto que acredita su señorial y cortesano porte.

Madrid posee carácter y bellezas propios. Cierta ritmo solemne preside á su vida cotidiana: su claro sol la hace brillar cual escudo de plata al pie de su nevada sierra, como egida de la nacionalidad española, y bosques de verdura y orla de flores han de cercarla pronto siguiendo el impulso comenzado. Es cierto que el arte vence en ella á Naturaleza; pero este mismo esfuerzo demuestra las energías de quienes sostienen la empeñada lucha.

¿Por qué, pues, han de abatirnos ciertos pesimismoes? ¿Qué razón hay para ellos? Apliquemos nuestras aptitudes para ser más sabios y más artistas; depuremos nuestra ética convenciéndonos de la eficacia del bien, de la justicia y del deber cumplido, unámonos en apretado haz, como quería la gran Reina, y la regeneración quedará hecha, aunque tengamos que luchar para ello con tradicionales obstáculos.

Vivamos en la Corte de una Nación que aún no ha cumplido por completo sus destinos. Estamos al comienzo de un siglo en el que se aúnan venturosas coincidencias; con él inauguró su reinado un Monarca, cuyas amplias miras, cuyas más transcendentales decisiones se encaminan siempre al objeto de ponernos de acuerdo con el progreso de las naciones; si *la casa y la ciudad* á nosotros corresponde más especialmente, en él encarna *la Patria*, por la que vive y alienta, por la que vela sin descanso y cuya ventura y progreso es el más grande de sus anhelos, el mayor de sus amores.

HE DICHO.

DATOS BIOGRAFICOS

DEL EXCMO. SEÑOR

DON CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

Nació en Zamora el 25 de Febrero de 1830, ingresando á los quince años de su edad en el Colegio Naval. Navegó en varios barcos de guerra españoles durante su juventud, ganando la Cruz de San Fernando en la campaña contra los moros de Joló de 1847.

En su carrera de marino obtuvo tan importantes cargos como los de Profesor del Colegio Naval, á los veinticinco años; Secretario del Gobierno general de la Isla de Cuba, Comisario de la Exposición marítima internacional de Nápoles, y de España en la Universal de Viena.

Fué nombrado en 1874 Consejero de Agricultura, Industria y Comercio, y en 1878, Vicepresidente de la Sociedad geográfica de Madrid.

Debido á sus conocimientos especiales sobre el Nuevo Mundo fué en 1880 Secretario del Congreso internacional de Americanistas, por cuyos relevantes servicios le admitió en su seno la Real Academia de la Historia.

Consecuencia de ello fué la constante representación que le otorgó este Cuerpo en Comisiones y Congresos, como en el Arqueológico de Soissons, y en otros muchos actos oficiales, debiéndose á su pericia y conocimientos arqueológicos la reproducción de la histórica nao *Santa Maria*, construída con motivo del IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, verificando en ella el General Concas un viaje, bajo el mismo itinerario que Colón, y en

ella cruzó con todo éxito el Atlántico, llegando hasta Chicago. Tales trabajos le fueron recompensados con la Gran Cruz del Mérito Naval.

En 16 de Noviembre de 1890 fué elegido Académico de número de esta de San Fernando, leyendo en su recepción un erudito discurso acerca del Arte Naval, ingresando en la Sección de Arquitectura, y perteneciendo, además, á Comisiones tan importantes como la mixta organizadora de las provinciales de Monumentos, y otras varias. Sus informes y trabajos luminosísimos aumentan su extraordinaria producción literaria, demostrando el alcance de sus talentos y la diversidad de sus aptitudes.

Al morir, á los setenta y ocho años de edad, el 5 de Junio de 1908, ejercía el cargo de Secretario perpetuo de la Academia de la Historia y la Presidencia de la Sociedad geográfica de Madrid.

Extensísimo es el Catálogo de sus obras publicadas; pero limitándonos á las que tienen interés artístico, señalaremos entre ellas las *Veinte cartas ó artículos descriptivos de la Exposición de Viena*, firmados con el anagrama *I. Erosecá*, y los *Treinta artículos descriptivos* de la misma Exposición, firmados *F. Hart*.

La Carta de Juan de la Casa, Monografía, 1874.

Las Carabelas, Monografía, 1874.

Decoración de las naves antiguas, fanales, Monografía, 1874.

Conformación, adorno y armamento de naves antiguas, 1877.

Las joyas de Isabel la Católica, las naves de Cortés y el Salto de Alvarado, 1882.

Memorias históricas de la ciudad de Zamora, 1883.

Antigüedades en América Central, 1885.

El Arte Naval, discurso de recepción en la Academia de San Fernando, 1890.

La Nao Santa María, Capitana de Colón, en el descubrimiento de las Indias Orientales, 1892.

La Marina en el siglo xv en la Exposición Histórica, Conferencia, 1893.

Y otros varios artículos igualmente interesantes en revistas y periódicos.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON ENRIQUE MARIA REPULLÉS Y VARGAS

SEÑORES:

Grata tarea es, en verdad, la de llevar la voz de esta Real Academia en solemnidades como la presente, y honor grande para mí el de presentaros y dar, en nombre de aquélla, la bienvenida al nuevo compañero, al ilustre prócer que, á sus títulos aristocráticos, se complace hoy en agregar, estimándole en gran precio, el que pronto va á recibir á virtud de artísticos merecimientos.

Y los tiene sobrados el Excmo. Sr. D. Rodrigo de Figueroa y Torres, Duque de Tovar y Grande de España, lo cual es fácil de probar y trataré de hacerlo brevemente, aun á riesgo de ofender su modestia.

Desde su primera edad dedicóse mi apadrinado al estudio y cultivo de las Bellas Artes, y que lo hizo con aprovechamiento lo demuestran sus obras de escultura y pintura, sus conocimientos musicales y el valioso curso que habéis aplaudido.

Por esto y por protector de los artistas fué elegido, hace pocos años, Presidente del Círculo de Bellas Artes,

en cuyo puesto, á pesar de la crisis por que atravesaba entonces aquella Sociedad, cumplió gallardamente prestando excelentes servicios al Arte.

Nombrado, después, Embajador de España cerca de la Santa Sede, dedicó preferente atención al funcionamiento de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, dependiente de dicha Embajada, y por ello fué objeto de especiales manifestaciones y mensajes de gratitud por parte de los profesores y pensionados de la misma, siendo muy de notar que á su celo y amor á la Patria y al Arte se debe la defensa de sobresalientes obras artísticas de la propiedad del Estado, las cuales, sin su diligencia, acaso hubieran desaparecido.

Los méritos apuntados justifican la elección del señor Duque de Tovar para ocupar una plaza de número en esta Real Academia; pero aún tiene otro tan importante que, por sí solo, da aptitud suficiente para el ingreso en este Cuerpo artístico, según lo consignan sus Estatutos y Reglamento, y éste es el de coleccionador de obras de Arte.

Desde el momento en que se penetra en la morada del Duque por el vasto *Hall*, y al recorrer después todos los salones de su palacio, respírase un ambiente de Arte y no se cesa de ver y admirar hermosas obras, en ese amable consorcio y promiscuidad que tanto encanto dan á las colecciones particulares, diferenciándolas de los Museos oficiales, de desesperante monotonía, en que se amontonan los objetos similares, arrancados de los lugares para donde fueron hechos, alineados en galerías ó vitrinas, destruyendo unos el efecto estético de los otros y todos apa-

reciendo como muertos, pues están privados de la vida que antes tenían cuando servían al objeto para que se hicieran.

No sucede así en las colecciones de las casas particulares, donde las obras artísticas, no sólo son ornamento precioso, sino que satisfacen necesidades de la vida. El mueble, el cuadro, la escultura, la lámpara, los *bibelots*, ocupan su sitio propio y forman conjunto agradable que, lejos de fatigar la vista y el espíritu, los recrean, revelando el gusto de sus dueños.

De todas estas clases de objetos artísticamente agrupados es poseedor el Duque de Tovar, y en su casa se ven hermosos cuadros antiguos, tablas inestimables de asuntos religiosos, un precioso retablo gótico, un paisaje de Velázquez, caprichos de Goya, retratos firmados por este insigne y genial pintor y otros de D. Vicente López; y, de autores contemporáneos, valiosos originales de Sorolla, Bilbao, Barbudo y Benlliure; esculturas de Carpeaux, Benlliure y Querol; bellísimas figuritas y jarros de porcelana y *biscuit* de Sèvres, Sajonia y de la Fábrica del Buen Retiro de Madrid; interesantes muebles de diferentes épocas y estilos, desde el arcón gótico á la mesa de Imperio; relojes, lámparas y otros objetos de bronce, y, por último, tapices, armas y armaduras completas, tanto florentinas con delicados nieles, como alemanas acanaladas del tiempo del Emperador Maximiliano, no faltando obras originales del coleccionador, entre ellas el notable busto en bronce de S. M. Don Alfonso XIII.

A la reseña de sus merecimientos he de añadir que el discurso del nuevo compañero es prueba de sus aptitudes

académicas; pues este trabajo, por el tema, modestamente razonado por su autor, entra de lleno en una de las misiones de la Sección de Arquitectura, á la cual pertenece la plaza que ha de ocupar, y es la que atañe á todo cuanto se relaciona con el trazado y ensanche de las poblaciones.

Y como éstas se componen en su mayor parte de casas, natural es primeramente tratar de este elemento generador de ellas, por lo cual á él dedica la primera parte de su discurso.

El expresado tema no por muy tratado deja de ser interesante siempre y siempre nuevo, de gran utilidad práctica para la vida de los pueblos y de extraordinaria influencia moral sobre la de sus habitantes que nacen, crecen y se desarrollan en la casa, asilo de la humanidad, teatro de los más puros goces de la familia y de todos los actos de la existencia.

Pero las ciudades, además de las casas, se componen de todos aquellos edificios necesarios para la vida de relación y que proveen á las necesidades espirituales, ya religiosas, ya de enseñanza y de recreo; y á las materiales, que comprenden cuanto se relaciona con la alimentación y con la salud del individuo, comercio, etc.

Todos estos edificios están estudiados lucidamente en el discurso del recipiendario, aunque con la brevedad impuesta para esta clase de trabajos, pues cada uno de ellos da materia sobrada para una larga disertación.

Decía antes que semejante tema es siempre nuevo, y esto es así, porque se suceden en tal número los adelantos

de las ciencias y de las artes aplicadas en provecho de la humanidad, que obligan á disposiciones nuevas para las casas y las ciudades modernas; y, desde este punto de vista, su estudio es muy interesante.

Y dicho esto, presentado ya mi apadrinado, hecha relación de sus méritos y señalada la importancia del tema elegido para su discurso, debería yo terminar el mío, si la costumbre, ya que no el Reglamento, no obligara á decir algo acerca del asunto, á modo de glosa ó comentario; obligación ó costumbre no exenta de dificultades, porque, en efecto, hay ocasiones en que la contestación puede aparecer como rectificación de opiniones, combate ó corrección, y en otras como adición de algo importante olvidado.

De estos extremos ha de huirse, aun abdicando de las ideas propias, siquiera por cortesía.

En el presente caso no hay disparidad de opiniones ni yo tengo nada que añadir á lo tan bien expuesto; por lo cual y brevemente, á fin de no cansaros, me limitaré á consignar algunas notas, consecuencia de las palabras del nuevo Académico.

Este nos ha hecho ver en elocuente párrafo, cómo los cuatro elementos de los antiguos, *aire, agua, tierra y fuego*, han venido á ser nuestros esclavos en la casa, sirviendo en ella á nuestro bienestar, comodidad é higiene.

Así es, en verdad; y, sin embargo, en esas novísimas construcciones, llamadas maravillas del arte de edificar, que se están levantando en las principales ciudades de los Estados Unidos de América con treinta ó cuarenta pisos, parece que se quiere prescindir del aire puro y sano y de

la tierra, como se prescinde también en ellas de la estética.

El primero de los antiguos elementos, el aire puro, vivificador, llegará difícilmente con tales condiciones á los pisos bajos de tan elevadas casas, y en los altos entrará mezclado con el humo de las fábricas. La tierra, con sus frutos y sus flores, queda muy lejos de aquellas alturas; y el exagerado aprovechamiento de la superficie no dejará espacio para una sencilla maceta. Además, aun cuando se las provea de poderosos ventiladores, aunque el acceso á todos los pisos se efectúe cómodamente en rápidos ascensores, todos estos medios mecánicos, no exentos de peligros, tienen también el inconveniente de no ser constante su funcionamiento, y, por tanto, sus desperfectos y reparaciones han de redundar en molestias para los inquilinos.

Por otra parte, el hacinamiento de éstos es muy perjudicial para la higiene, singularmente en caso de epidemias.

Finalmente, y en relación más directa con los fines de esta Academia, el Arte en semejantes edificios queda relegado al olvido, por ser casi imposible dar aspecto artístico á esas enormes jaulas metálicas de pésimas proporciones y triste aspecto. ¡Y aún nos las ponen por modelo y las presentan como el último adelanto constructivo de la civilización!

Cierto es que la casa atraviesa por una crisis, sufre una transformación y se hacen pruebas y tanteos para modificarla en armonía con las exigencias de la vida moderna, utilizando los adelantos de las ciencias; pero el modelo anglo-americano es ensayo desdichado y no po-

drá prevalecer, mucho menos cuando llegue á resolverse de manera definitiva el problema de la aviación, actualmente sobre el tapete.

Cuando los globos dirigibles, y especialmente los aeroplanos, lleguen á constituir un medio de traslación seguro, sencillo y rápido, á la par que cómodo y barato —aunque no desaparezcan, como no pueden desaparecer, los carruajes terrestres, para toda clase de mercancías y objetos pesados — la casa necesitará de accesos por su parte superior, y los tejados inclinados que ahora la cubren habrán de ser sustituidos por amplios terrados. Será preciso que las construcciones urbanas sean, en lo posible, de igual altura, para que los aeroplanos no se vean obligados á subir y bajar á cada momento, á fin de sortear los obstáculos, pues es conveniente que su vuelo se verifique por trayectorias horizontales, formándose calles ideales en el espacio para evitar los choques.

Entonces, las casas, en vez de llegar á las alturas inverosímiles que alcanzan las modernas de Nueva York y Chicago, deberán tener poca elevación, lo que obligará á extender más su superficie horizontal, importando poco que, por tal motivo, las ciudades adquieran mayor extensión, si se dispone de buenos medios de locomoción para trasladarse de un punto á otro de las mismas.

Para el uso de los aparatos voladores es indispensable la supresión definitiva de los humos de las ciudades, y esto se conseguirá seguramente, pues sabido es que cada invento suele traer aparejado otro que le completa y del que necesita para su aprovechamiento.

Cuando la electricidad se produzca ó se recoja de la naturaleza tan fácilmente que se obtenga á muy bajo precio y pueda llevar á todas las casas, hasta las más humildes, á las fábricas y á los talleres, luz, calor y movimiento, sin intervención del vapor, por medio de simples alambres y acaso sin ellos, holgarán las chimeneas, los fogones, las calderas y todos los sistemas de calefacción que hoy obligan á costosas obras y complicadas canalizaciones, con desperfectos y desarreglos en su funcionamiento. Y si los humos no pudieran suprimirse del todo, es seguro que la ciencia hallará, por fin, medios de transformarlos, utilizando las partículas de carbón sin quemar y los diversos gases que los constituyen.

Todos estos adelantos científicos para el bienestar de la humanidad han de obligar á la modificación de las construcciones urbanas, y en ella ha de intervenir también el Arte—cuyo mágico poder es imperecedero—para embellecerlas, cubriendo la grosera materia de su estructura con espléndido ropaje.

Consecuencia de la modificación de la casa y de los modernos adelantos, unos realizados, otros en vías de realización, será la transformación de las ciudades, que habrán de disponerse en atención, no sólo á las necesidades de la aviación, sino para subvenir á los nuevos inventos de la locomoción terrestre.

Continuarán en usó los ferrocarriles y automóviles públicos y particulares, aunque movidos por la energía eléctrica y con variadas formas, que exigirán anchas calles, en las cuales también se establecerán aceras movibles,

con distintas velocidades, para personas y mercancías, con cruces á diversas alturas, y ¡sabe Dios qué otros inventos! pero todo esto necesitará gran espacio y amplitud.

En la parte superior de las ciudades, la transformación será más sensible; pues, como queda apuntado, las casas no podrán tener mucha altura, y ésta será próximamente igual para todas, suprimiendo en ellas los tejados y coronándolas con amplias azoteas, donde puedan hacer alto los aeroplanos para dejar y recibir viajeros. Por medio de torres ó de señales de vivos colores, muy visibles desde las alturas, se marcarán los diferentes sitios de cada ciudad, las vías y apeaderos; y, por la noche, potentes reflectores, á modo de faros, lanzarán sus rayos luminosos, diversamente coloreados, para iluminar el espacio y señalar rutas y altos.

Para los dirigibles, cuyas dimensiones son considerables, habrán de disponerse estaciones aéreas, análogas á las terrestres de los ferrocarriles.

Además, para los casos de guerras, si, como es de temer, éstas no llegan á suprimirse, se habrán de inventar defensas que pongan á cubierto á los edificios y sus moradores de los ataques provenientes de las alturas.

Pero dejemos estas fantasías ahora, acaso realidades dentro de poco, y bajemos á la tierra á contemplar la ciudad moderna, á la que el Sr. Duque de Tovar dedica la mayor parte de su interesante discurso, respecto al cual he de manifestar mi conformidad en un todo con las ideas del ilustre prócer, singularmente con la simpática de re-

chazar los barrios de obreros, tan opuestos á los principios de la caridad y el socialismo cristianos.

Conforme estoy también en desaprobación el horrible, incómodo y antiartístico trazado de cuadrícula para las poblaciones, en mal hora aceptado para el ensanche de Madrid, y aplaudo su entusiasmo por los jardines dentro de las ciudades, por ser su mejor ornamento, á la par que higiénicas fábricas de oxígeno, aromatizado con el perfume de las flores, recreo de la vista y palenque donde puede desarrollarse el Arte en manifestaciones varias para instrucción del pueblo.

Y aquí aparece otro asunto interesantísimo, á que el recipiendario presta preferente atención, cual es el del *Arte en la calle*, el llamado *Arte público*, á que debe darse verdadera importancia, por ser fuente de sentimientos delicados, de enseñanzas y de verdadera civilización.

El *Arte en la calle* es cuestión muy compleja, pues, no sólo ha de referirse á cuanto á la Arquitectura atañe —magnificencia de edificios públicos, ornamentación de fachadas, creación de monumentos conmemorativos de hechos gloriosos y de personalidades ilustres, y de esos mil detalles necesarios, como son el kiosco, la fuente, el banco, el candelabro, etc., es decir, á todo lo que constituye la decoración de la vía pública, incluyendo los jardines, las flores en los balcones, que son objeto de concursos y premios en las poblaciones cultas, mientras que en otras se desea su desaparición imponiéndoles tributos—sino también cuanto es movimiento en la misma, lo que cons-

tituye la vida del pueblo, comercio, vehículos de transporte de personas y objetos.

Y todo esto forma conjuntos muy diferentes, mas no exentos de peculiar belleza artística, según se trate de ciudades del Norte ó del Mediodía, de las que pasan la mayor parte del año cubiertas de nieve ó de las bañadas perpetuamente por esplendoroso sol.

Entre la calle londinense, envuelta en sus nieblas y sus humos; la madrileña, asoleada y alegre; la de San Petersburgo, espaciosa, rígida y cubierta de nieve, y la de Tokio, que alcanza el máximo de colorido y de actividad, existen profundas diferencias y muy distintas manifestaciones artísticas.

Además, en una misma población, cada calle tiene su fisonomía especial, y ésta cambia según la hora del día ó de la noche.

Cuestión es también ésta, que algunos llaman la *estética del fuego*, muy importante desde el punto de vista del Arte, mas harto descuidada, por haber atendido más á su aspecto utilitario que al artístico. Bien es verdad que hasta hace poco tiempo no se disponía de los valiosos elementos que ahora nos suministra el alumbrado eléctrico y de los cuales tantos efectos puede obtener el artista; probando esto, una vez más, cómo se auxilian mutuamente el Arte y la ciencia, y cómo los adelantos de ésta redundan en provecho de aquélla, pues, por más que los principios del Arte sean inmutables y eternos, sus procedimientos experimentan progresos debidos al de los medios auxiliares de que ha de valerse para sus manifesta-

ciones. Véase á este propósito lo que sucede con la música y á qué grado se ha llegado de perfeccionamiento en sus creaciones, desde la lira y la tibia de los griegos y sus sencillos ritmos, hasta las numerosas y complicadas orquestas que interpretan las composiciones wagnerianas.

Por lo que respecta al importante asunto de la iluminación nocturna de nuestras ciudades, ha de considerarse lo que varía el aspecto de las calles y de los edificios, según estén iluminados por la luz del sol en el día ó por la artificial en las noches.

Pero no basta que esta iluminación nocturna sea la suficiente para la comodidad del tránsito público, sino que, para obtener efectos artísticos, es menester distribuir de cierta manera los focos luminosos, así como los de las tiendas y sus escaparates, y de cuidar que resplandezca el Arte en los mismos candelabros y soportes de las lámparas.

Los jardines especialmente, iluminados por la luz eléctrica, adquieren un aspecto fantástico que les presta singular encanto. Las flores aparecen con nuevos colores, los árboles destacan sus siluetas sobre fondos fuertemente iluminados de azulado tono y los mármoles de las estatuas parecen luminosos.

Esto en el uso diario, pues cuando se trata de fiestas, la iluminación de las calles, paseos y edificios es elemento principal de que el Arte saca enorme partido para producir los mejores efectos de visualidad, admiración de las muchedumbres y número muy atractivo del programa de festejos.

La iluminación de los grandes edificios, con sus torres y cúpulas destacando, sobre la obscuridad del cielo, sus siluetas contorneadas por millares de lucecillas diversamente coloreadas, ha sido y será siempre espectáculo agradable que nunca cansa, por la variedad de los efectos obtenidos, como lo es también el de las cascadas y fuentes luminosas. Pero para que así suceda es necesario encomendar estas iluminaciones á artistas verdaderos, excelentes dibujantes y buenos coloristas, y no fiarlas á los prácticos de las empresas, que sólo procuran el mayor gasto del precioso fluido.

Otro de los elementos utilizados por el Arte para el embellecimiento de las poblaciones es el agua, principalmente en aquellas que se hallan en especiales condiciones para ello, como son las marítimas, las atravesadas por caudalosos ríos ó las provistas de tal cantidad de aquel líquido que permita gastarlo en fuentes, cascadas y lagos. Existe, pues, la *estética del agua*, asunto también digno de ocupar la atención del artista.

El agua, con su fluidez, su movimiento, sus reflejos, sus espumas y sus cambios de color, lleva á las ciudades elementos de vida y, por consiguiente, de belleza, y á la vez provoca la erección de ciertos monumentos, en los cuales los artistas añaden á la estética la comodidad y la utilidad.

De aquí nacen los puertos con sus muelles y rompeolas, embarcaderos y faros; y los puentes donde los atrevimientos de la moderna ingeniería se ven avalorados y realzados por apropiadas y artísticas decoraciones, que

admiten todas las formas y que ya, duplicando sus efectos, se reflejan en las tranquilas aguas de mansa corriente, ya parecen adquirir movimiento y vida al reproducirse en las turbulentas.

Sería interminable la enumeración de los puentes notables del mundo donde resplandece el Arte, desde los robustos y severos de los romanos y los fortificados con puertas y rastrillos de la Edad Media, hasta los pintorescos de la China y los colgantes de maravillosa estática.

El agua da también motivo á otras manifestaciones artísticas, y éstas son las fuentes: el mejor ornamento de las plazas y los jardines donde, á las galas con que á porfía las visten la Escultura y la Arquitectura, se agrega la animación que el agua las suministra con sus movimientos en todos sentidos y el juego de los surtidores.

Pero aun sin el auxilio de las Artes, el agua, por sí sola, constituye un seductor atractivo; y es espectáculo admirable la contemplación de las cascadas naturales y de los lagos que copian en la superficie espejada de sus linfas las bellezas de la naturaleza, haciendo contrastar la obscuridad de las masas de verdura con el reflejo luminoso del cielo.

También he de apuntar las combinaciones estéticas del agua con el fuego, no sólo en las fuentes luminosas antes mencionadas, sino también por los reflejos de los focos del alumbrado ó, en caso de festejos, el de los fuegos artificiales, que se prestan á mágicas y deleitosas combinaciones.

Y no insistiré más sobre este punto, por ser de todos conocido.

Lo brevemente expuesto en este desaliñado trabajo tiende á probar la importancia del *Arte en la calle* para enseñanza y goce del pueblo; importancia tan desconocida, por desgracia, en nuestra Patria, sin exceptuar á su Capital y Corte.

En las naciones cultas tiénese singular empeño en proteger y alentar el *Arte en la calle* por considerarle elemento de educación y cultura, y se le estimula con premios de todas clases, existiendo sociedades especiales con tal objeto, que celebran congresos internacionales donde se toman acuerdos para favorecer el desarrollo de la idea, impetrando de los Gobiernos y de los Municipios disposiciones que le ayuden y favorezcan. Aquí, por el contrario, triste es decirlo, mírase el asunto con gran indiferencia, si es que no se le ponen trabas.

Como el Sr. Duque de Tovar lo lamenta en su discurso, permítase que las Compañías explotadoras de alumbrado, de los tranvías y de los teléfonos, llenen las calles de soportes de todas clases y tamaños que dificultan la circulación de las gentes, y cuyas formas, poco ó nada artísticas, han ido simplificándose y degenerando, á ciencia y paciencia de quien puede y debe evitarlo, hasta llegar á esos enormes y horribles castillejos de enrejado de hierro, sin el menor asomo de Arte, muy propios para un despoblado, pero que en una ciudad dan pobre idea de sus constructores y de las autoridades que los consienten. Tales engendros, no sólo han tomado posesión de las plazas, sino que ya están invadiendo las más hermosas calles del ensanche, y llegarán á enseñorearse de toda la Villa.

Además, los cables que, formando gigantescas telas de araña, cubren el cielo de nuestras vías, no sólo las afean y son obstáculo para la circulación de vehículos de alguna altura, como las carrozas de las fiestas, sino que constituyen un peligro para el transeúnte, en el caso en que, por oxidaciones, vendavales ó peso de la nieve, se lleguen á desprender, como ya ha sucedido en varias ocasiones, con resultados funestos.

En nombre, pues, de la seguridad pública y de la estética, deben desaparecer semejantes artefactos. Vayan los cables, como en muchas poblaciones del extranjero, por canalizaciones subterráneas, y no queden más soportes en las calles y plazas que artísticos candelabros para las lámparas del alumbrado.

Tal cuidado competir debe al Ayuntamiento; pero éste, entre sus numerosas Comisiones, no tiene ninguna que cuide del Arte público. Hubo un Alcalde (1) que, dotado de buen sentido artístico, y reconociendo la necesidad de dicha Comisión, tuvo el atrevimiento de crearla, componiéndola con Concejales y Artistas ajenos á la Corporación. Reunióse aquélla tres ó cuatro veces, y murió, ó la mataron los mismos de la casa en que radicaba, por no sé qué motivos de expedienteo ó de organización administrativo-municipal. Acaso ahora, con la nueva legislación, sea más fácil su creación y funcionamiento.

Pero, entre tanto, hagamos esta propaganda artística; llevemos al ánimo de todos, grandes y chicos, pobres y

(1) Don Eduardo Vincenti.

ricos, estas ideas, procurando que todo en la calle revista carácter artístico, con lo cual cumpliremos una misión eminentemente civilizadora.

Porque el Arte es el gran sugestionador de sentimientos nobles, elevados, sanos; raudal de puras complacencias espirituales; lenguaje universal por todos comprendido y que une á los pueblos en lazo fraternal.

Por el Arte, en fin, estamos hoy aquí congregados en solemne fiesta de cultura para celebrar el ingreso en esta Real Academia de un nuevo compañero, á quien, en nombre de ella y cumpliendo la misión con que he sido honrado, saludo fraternalmente y doy la más cordial bienvenida.

HE DICHO.



